

PAUL GONSALVES

UN GRAN SAXO TENOR

Por Hugues Panassié

Hay músicos entre los cuales el don creador, lejos de agotarse, no cesa de crecer a lo largo de su carrera. Tal es el caso eminente de Louis Armstrong, Duke Ellington, Buck Clayton, Mezz Mezzrow, Earl Hines, Budd Johnson, por no citar más que ejemplos particularmente notables.

Entre otros músicos el caso es muy diferente. Durante los primeros años de creación artística, éstos dan constantemente prueba de un ardor, de una inspiración que suscitan el entusiasmo. Si hay alguna cosa nueva en lo que interpretan, no tardan en adquirir el control que aún les faltaba en la creación. Viene entonces el período de madurez, que es el mejor. Por otra parte, después de alcanzar la cumbre y mantenerse en ella durante algún tiempo, descienden la cuesta, con más o menos velocidad. La fecundidad creadora disminuye, se difumina, desaparece, o al menos parece desaparecer.

En muchos casos, ocurre así porque el músico no se halla en circunstancias favorables y toca con poca inspiración. No se debe olvidar nunca que el Jazz es un arte colectivo. El compositor que escribe una sonata y el pintor delante de su cuadro no dependen más que de ellos mismos. El esfuerzo creador del músico de Jazz que improvisa coros, está favorecido o contrariado por los músicos que tocan con él. Por otra parte, el músico de Jazz no elige su hora, no puede retocar o corregir sus coros; tiene que improvisar a hora fija, en un concierto, una grabación, y frecuentemente tiene que dar un concierto después de un largo viaje, grabar discos sin tener tiempo para dormir ni comer. No es pues extraño, que muchos músicos de Jazz, a los treinta y cinco o cuarenta años, se muestren menos seguros que antes: recuperan más lentamente que cuando eran jóvenes y pierden en parte o totalmente su inspiración.

A veces la decadencia tiene una causa más moral que física: se desaniman comprobando que la vida dura que llevan no les recompensa ninguna satisfacción: ganan relativamente poco dinero y nadie sabe apreciar su talento.



Barney Bigard

!Si tan sólo pudieran tocar la música que aman! Pero esta satisfacción no les es dada con frecuencia. La mayoría de músicos de Jazz pasan lo mejor de su tiempo acompañando cantantes comerciales o espectáculos de variedad, tocando cosas típicas o en orquestas de estudio, ejecutando música que raras veces se asemeja al Jazz. Muchos de entre ellos se desaniman y pierden su impulso, su dinamismo. Otros abandonan el oficio, otros se entregan a la bebida, y yo os aseguro que los músicos de Jazz que he oído tocar en estado de embriaguez, no han llegado a ninguna parte.

El constante estado de gracia musical en el cual se hallan desde hace veinte, treinta o más años, músicos como Louis Armstrong, Duke Ellington, Willie «The Lion» Smith, Earl Hines, Count Basie, Lionel Hampton, Kid Ory, Buddy Tate, Cozy Cole, es poco corriente. Al lado de éstos, iqué

numerosos son los que han perdido su inspiración y potencia expresiva! Por qué citar nombres, hay demasiados, y todo aficionado al Jazz por poco perspicaz que sea, puede instantáneamente encontrar ejemplos. Prefiero no citar nombres, pues no deseo perjudicar a ningún músico, porque no se puede saber nunca si el don creador de un músico de Jazz ha desaparecido definitivamente. Algunos son incapaces de tocar como lo hacían antes, pero es probable que un gran número de ellos no ha sufrido más que un eclipse de moral y que la reaparición de circunstancias favorables nos permitirá volverlos a encontrar en la forma que nos han gustado. No citaré más que el caso de Barney Bigard, porque ha hecho correr mucha tinta y porque le conozco particularmente bien y sé a qué atenerme respecto al mismo.

Se había dicho que Barney había dejado de ser un gran clarinete desde